

ISBN 978-950-33-1739-6

**María Laura Freyre
Juan Manuel Barri
Cecilia Pernasetti
(Eds.)**

Investigar en “el campo”: experiencias de abordajes multidisciplinares en el espacio rural y periurbano argentino



Investigar en “el campo”: experiencias de abordajes multidisciplinarios en el espacio rural y periurbano argentino

María Laura Freyre
Juan Manuel Barri
Cecilia Pernasetti
(Eds.)

Colecciones
del CIFYH 

Investigar en el campo: experiencias de abordajes multidisciplinares en el espacio rural y periurbano argentino / María Laura Freyre...[et al.]; editado por María Laura Freyre; Juan Manuel Barri; Cecilia Pernasetti. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1739-6

1. Antropología. 2. Etnografía. 3. Ambiente Rural. I. Freyre, María Laura, ed. II. Barri, Juan Manuel, ed. III. Pernasetti, Cecilia, ed.

CDD 301.072



Diseño de portadas: Manuel Coll y María Bella

Diagramación: María Bella



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Apuntes teórico- metodológicos del trabajo de campo en un contexto rural isleño

Tommasi Juan Casimiro*



Imagen 1. “Arreando animales”.

Fuente: Tommasi (2022)

La construcción del problema etnográfico y el principio de la reflexividad

Este texto busca retomar algunas reflexiones metodológicas derivadas del trabajo de campo etnográfico llevado a cabo en la región superior del Delta del Paraná, en el marco de lo que fue mi tesis de licenciatura en Antropología, dirigida por Bompadre José María y Barri, Juan Manuel, y lo que actualmente es el proyecto de investigación doctoral en Estudios Sociales Agrarios (CEA-UNC) dirigido por Ferrero, Brian Germán, y Pazzarelli Francisco.

Quisiera expresar aquí parte de mi experiencia al llevar adelante trabajo de campo etnográfico con poblaciones que habitan espacios rurales

* CIT- CONICET. Universidad Nacional de Rafaela. CIFYH. Universidad Nacional de Córdoba. Licenciado en Antropología por la Facultad de Filosofía y humanidades. Universidad Nacional de Córdoba. Doctorando en Estudios Sociales Agrarios por la Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Córdoba. Becario Doctoral Conicet. Correo electrónico: casimiro.tommasi@unraf.edu.ar

isleños, con el extenso abanico de contextos sociales que incluye hablar de *lo rural* en Argentina.

En primer lugar, quisiera hacer algunas observaciones en torno a las dificultades encontradas a la hora de tener que definir tanto los sujetos de estudio como el objeto de investigación. Estas fueron un puntapié para reflexionar acerca de cómo la construcción analítica muchas veces encuentra dificultades en la articulación entre teoría y etnografía, derivando en una reducción del *campo* etnográfico para poder cumplimentar los objetivos de delimitarlo metodológicamente.

Recuerdo que durante el proceso de investigación para realizar el trabajo final de la licenciatura me encontré reiteradamente frente a la pregunta de compañeros acerca del “qué” estaba investigando. La respuesta siempre refería a “un pequeño paraje rural del Delta donde la gente pesca, caza y cuida ganado en las islas”. A veces atinaba a decir “trabajo con pescadores del Delta en Entre Ríos”. Lo cierto es que en mi imaginario ninguna de las respuestas me dejaba satisfecho, sentía que al explicarlo recortaba rotundamente los objetivos del trabajo en curso. ¿Estaba estudiando “pescadores”? ¿O quizá relaciones sociales y productivas de habitantes de un paraje rural costero? ¿Cómo abarcar las múltiples actividades que los sujetos realizaban en este contexto? y ¿cómo se vinculan las relaciones sociales productivas con las trayectorias individuales y familiares? Me daba cuenta de que se me tornaba difícil definir qué era lo que estaba investigando cuando el centro de análisis buscaba abordar diferentes relaciones sociales, no solo reconociendo aquellas prácticas usualmente entendidas como *productivas*, sino también buscando acceder a aquellas prácticas y relaciones importantes para los sujetos con quienes trabajaba.

Recuerdo que cuando presentaba avances del trabajo final en diferentes jornadas, los comentarios más recurrentes marcaban y referían a este trabajo como una tesis “sobre pescadores”. Siempre que se daban estos comentarios, sentía que eran insuficientes, o que no había podido transmitir un panorama claro de las dinámicas cotidianas de las personas con quienes trabajé. Traté de no definir a los *nativos* apelando a identidades laborales específicas principalmente por dos motivos; uno porque ellos no se definían como tales, en ningún momento se identificaron como una *comunidad de pescadores*, ni nada por el estilo.¹ En segundo lugar porque, si

¹ Es más, en una de las primeras charlas que mantenía con dos personas del lugar recuerdo que uno de ellos me dijo: “nosotros pescamos porque no hay otra cosa, no te creas que es fácil vivir de esto”.

bien no creo que hablar de pescadores, cazadores o productores ganaderos sea incorrecto en términos de recorte analítico, me parece que apelar a estas categorías para definir a estos grupos sociales no tenía mucho sentido etnográficamente, ya que aparecían más bien como posiciones ocupadas por personas en relaciones productivas, laborales, espaciales; siendo parte de un ensamble variado de actividades que se realizan en esta región y que, en relación a diferentes factores que fui trabajando en la tesis de licenciatura, se jerarquizan y combinan entre sí.

Sin embargo, esto que me sucedía en campo, si bien era resultado del acceso y la inmersión propia del trabajo etnográfico, tenía su correlativo en un problema epistemológico muy propio de las ciencias sociales en general, que es este vínculo entre estructuración-subjetivación-interpretación. Desde dónde partir en esta articulación metodológica, era una decisión meramente epistemológica que tenía que tomar en el proceso de investigación. La etnografía como bien dice Julieta Quirós (2014), nos permite estudiar lo social como *proceso vivo*, por lo que es necesario hacer el esfuerzo de abandonar nuestros cerrojos epistemológicos que nos lleven a ver lo social como un cúmulo de interpretaciones, para poder ver las formas en las que esa *otredad* con la que trabajamos, se expresa.

Los antropólogos en campo deberíamos desplazar nuestra atención desde lo que las personas dicen o tienen para decirnos a *nosotros*, hacia lo que las personas se dicen y tienen para decirse *entre ellas*. El material que resulta de esa escucha paciente y no direccionada debería, además, ser analizado menos en términos de su “semántica” –el/los significados/s de tal o cuál noción– y más en términos de su pragmática: ¿de qué hablan las personas en este lugar? ¿Qué se preguntan? ¿Qué se responden? ¿Qué signos son pertinentes? ¿Qué producen (hacen, deshacen, transforman) esos signos en las situaciones, interacciones y relaciones estudiadas?” (Quiros, 2014, p. 56)

En esta dificultad por definir en términos de grupos sociales a los sujetos con los que trabajaba, emergían cuestiones vinculadas a las prácticas cotidianas que eran importantes registrar. Quizás parte de los problemas asociados al enfoque etnográfico (Rockwell, 2005) impliquen justamente eso, la confrontación explícita entre nuestras formas de pensar y explicar la realidad social con las que lidiamos constantemente en el proceso de construcción del problema etnográfico, y las realidades locales para las que nuestras explicaciones, y sobre todo nuestros problemas teóricos, se

tornan escasos. En un sentido similar a lo planteado por Quirós, Rockwell (2009) distingue el análisis etnográfico de la interpretación hermenéutica centrada en la comprensión de texto, la cual no incluye necesariamente el proceso de transformación conceptual propio del análisis etnográfico.

Si bien es necesario afirmar, siguiendo a (Rockwell, 1987), que a toda descripción le antecede algún nivel de conceptualización teórica, dicho postulado podría ampliarse diciendo que no a toda conceptualización teórica se le admite cualquier campo. Las relaciones que se producen entre investigador/a y nativo/as adquieren ciertas formas y desprendimientos no controlados que nos obligan a estar atentos teóricamente, no en el sentido de mantener la coherencia de nuestro corpus teórico, sino de estar dispuestos a advertir los efectos de teoría (Goldman, 2016) que nuestras relaciones en el campo dejan entrever.

Aquella sensación (me atrevo a pensar que será una sensación compartida por aquellas personas que hacen etnografía) de que por momentos no estamos pudiendo dar cuenta de lo que el campo manifiesta, es una buena señal en el trabajo de campo. Algunos autores plantean el procedimiento de la “reflexividad” como forma de estar conscientes y atentos a las condiciones de accesibilidad y a las nociones con las que ingresamos a campo, cuestión que no es menor. Bourdieu plantea además que la objetivación pasa no solo por el individuo que hace la investigación, en su idiosincrasia biográfica, sino por la posición que ocupa en el espacio académico y los sesgos implicados por el punto de vista que adopta. (Bourdieu & Wacquant, 2005) Sin embargo, considero que, como dice Michael Holbraad (2014) es necesario pensar también estas condiciones implicadas en el proceso de *reflexividad* no como sociales, culturales o políticas, sino como ontológicas, es decir, condiciones que pertenecen al orden de lo que las cosas pueden *ser*.

Adaptando una metáfora de Roy Wagner (1987), el giro ontológico involucra una inversión figura/fondo de la idea misma de reflexividad, de modo que la etnografía se vuelve el fondo sobre el que los compromisos ontológicos –¿qué es x? – son figurados y refigurados. Pues sí, en la versión posmoderna, la reflexividad antropológica tomó la forma de la “deconstrucción” –desmitificar críticamente representaciones positivas refiriéndolas a sus condiciones de producción (sociales, culturales, políticas, etc.)–, en su versión ontológica la reflexividad equipara el impulso crítico de la deconstrucción con los actos generadores de construcción. (2014, p.134)

Desplazamientos metodológicos. De sujetos a relaciones

Como mencioné previamente, una de las dificultades que encontré haciendo trabajo de campo fue la cuestión de la definición acerca de los sujetos con los que trabajaba. Esta dificultad estaba vinculada a su vez a una cierta confusión acerca de lo que era efectivamente mi *objeto de estudio*, ya que aún no me había percatado lo suficiente de que éste no era ni los sujetos con los que trabajaba, ni las particularidades de la localidad donde observaba. Pensándolo bien el problema en el que estaba inmerso estaba vinculado al problema del holismo del concepto de *sociedad* como vector explicativo de las prácticas locales. Esta dificultad en torno a establecer una identificación colectiva (al menos explícitamente) de los *nativos* se fue transformando progresivamente de un problema a un dato etnográfico, que, si bien no fue el eje central de la tesis finalmente, me ayudó a pensar algunos procesos sociales que observaba con cierta dificultad.

Es una característica de muchos entornos rurales en Latinoamérica, como ya bien lo han observado diferentes investigadores (Grass, 2004; Neiman, Bardomás, Jiménez, & Blanco, 2002; De Grammonr & Valle, 2009; Giarraca, Grass, & Aparicio, 2001) el hecho de que las familias organicen su vida cotidiana a partir de la combinación de diferentes actividades productivas (cuestión que analizada conceptualmente como *pluriactividad*). En la antropología y sociología rural, un concepto que ha sido utilizado para pensar estas economías rurales y los grupos que la producen, es el de *campesinado*. Si bien ha tenido diferentes alcances y ha sido fundamento de extensos debates teóricos, se lo ha utilizado principalmente para caracterizar unidades productivas agrícolas en contextos rurales; unidades que utilizaban su producción para consumo doméstico y en ciertos casos para su comercialización, sin contar con posibilidades de acumulación y apropiación de ganancias en términos económicos. El trabajo directo de la tierra es una de las características más recurrentes que ha implicado el concepto de *campesino*, aunque no esté definido únicamente por este². También se ha caracterizado a estas economías domésticas en espacios rurales con la figura de *pequeño productor*, y en ciertos trabajos también encontramos ambas bajo la noción de *pequeño productor campesino*.

2 (Wolf, 1955), (Meillasoux, 1977), (Archetti, E. P., & Stölen, K. A., 1975) (Archetti, 1977) (Bartra, 2006)

Una cuestión importante para observar es la triangulación entre teoría, método y epistemología en los estudios etnográficos en espacios rurales. ¿Cuáles son las características generales de ella? ¿Cómo se define la especificidad de su objeto de estudio? Las discusiones teórico-metodológicas en este sentido son muy amplias y de larga data en el campo de los estudios sociales.

En la división disciplinar que fue caracterizando a las ciencias sociales se cedía a la antropología el estudio de las llamadas *sociedades primitivas*, aunque luego se fue dando atención a todos aquellos aspectos de la vida regional o aldeana que aparecían como supervivencias de modos de producción y de organización social pre capitalistas y preindustriales, o que se remitían a particularidades étnicas y culturales muy antiguas (Godelier, 1976).

Estas discusiones fueron marcando el terreno de la antropología a mediados del Siglo XX, variando las formas de definición según los enfoques teóricos de aquellos/as investigadores/as. Los principales debates al respecto se basan en las condiciones específicas del *campesinado*, presentando diferentes formas de comprensión y clasificación de estos grupos.

Para mi trabajo en particular, me encontraba reiteradamente ante problemas vinculados a que estas clasificaciones y debates que puedan darse en torno a un concepto en particular, como en este caso el de *campesino*, en el que se enmarcaron las principales discusiones de la antropología que trabajaba en contextos rurales, me hacía perder el foco de mi campo etnográfico. Esta disyuntiva que ocurría en mi proceso de investigación hacía que en determinadas ocasiones no priorizara *lo que las personas tienen para decirse entre ellas* como fuente de aquello que era realmente importante, y no solamente como mero contexto del cual extraer insumos para teorías antropológicas.

Sin querer menospreciar la importancia de los debates teóricos en los que se enmarcan estas discusiones, entiendo que son relaciones y procesos lo que encontramos en campo, más que *sujetos* o *clasificaciones sociales* delimitadas. Muchas veces estas relaciones no se orientan hacia un cierre en términos conceptuales, de manera que es necesario preguntarse, ¿por qué forzar a estos procesos a encajar en nuestras delimitaciones teóricas, –a modo de seguir agregando capas a discusiones teóricas que están basadas en principios epistemológicos bien delimitados–? Incluso, muchas veces,

ni siquiera se corresponden con lo que las personas con las que trabajamos consideran importante en sus vidas cotidianas.

Categorías sociales y analíticas en el proceso de investigación

Si bien las discusiones teóricas que he venido mencionando acerca de las particularidades productivas de grupos *campesinos* o de poblaciones habitantes de contextos rurales fueron un puntapié en las preocupaciones del diseño de la investigación, el trabajo de campo etnográfico obligó a reformular algunas cuestiones.

En la experiencia que he venido relatando acerca de mi trabajo final de licenciatura una noción que me surgía como importante en el trabajo de campo era el término *isla*. Esta era mencionada reiteradamente para referir a lugares, experiencias, memorias y prácticas diversas.

En términos geográficos, *la isla* se refiere al conjunto de islas e islotes que se forman y transforman a partir de las dinámicas hídricas del río Paraná, específicamente en su delta hasta su desembocadura en el Río de la Plata. Estos territorios tienen dimensiones variables y están surcados por arroyos y canales que se desprenden del río, alimentando también lagunas internas en las islas. Las islas están en constante formación debido a la acumulación de sedimentos por la acción del río, y en ellas conviven diferentes temporalidades que dejan ver los rastros de movimientos tanto del río como de antiguos movimientos de ingreso y regresión marino.

En términos ecológicos “toda la región conforma una extensa y compleja planicie inundada con gran singularidad y riqueza desde el punto de vista ecológico y biogeográfico. Si bien no se presentan casi especies endémicas de flora y fauna, la singularidad e importancia radican en la penetración, a través de los corredores fluviales, de especies de linaje subtropical que, al coexistir con elementos de las áreas templadas vecinas, conforman ensambles de composición específica propia” (Málvarez, Boivin y Rosato, 2008: 28).

Además, hace algunos años, Málvarez (1997) elaboró una zonificación regional que establece una clasificación de cuatro unidades de paisaje, diferenciando en cuanto a la predominancia de especies vegetales, cursos de agua, morfología de las islas, entre otros patrones de paisaje.

Las islas donde realizo trabajo de campo se pueden caracterizar por su fisonomía típica: porciones territoriales con bordes elevados, conocidos

como “albardones”, que han sido formados por la acumulación progresiva de sedimentos y por efectos antrópicos de las poblaciones prehispánicas que habitaron la región, elevando estas zonas en las riberas de los arroyos, estableciendo allí sus residencias temporarias. El interior de las islas presenta una fisonomía más baja y aplanada que los albardones, lo que las vuelve zonas de inundabilidad periódica. Estas zonas bajas suelen presentar especies herbáceas acuáticas y latifoliadas que son localmente apreciadas por su gran calidad forrajera para el engorde de los animales vacunos.

En cuanto a la dimensión histórica y cultural, *la isla* ha sido habitada desde hace siglos por distintas poblaciones indígenas y, posteriormente, por poblaciones mestizas y criollas. Su ubicación estratégica como zona de confluencia de ríos y su riqueza ecológica han sido factores determinantes en la historia de la región, marcada por la presencia de pueblos originarios y la posterior colonización española. En términos socioeconómicos, *la isla* presenta una compleja trama de relaciones entre los actores sociales y las dinámicas de producción, comercialización y consumo. La pesca y la ganadería son actividades económicas centrales en *la isla*, y están marcadas por la presencia de actores locales y foráneos, relaciones de poder asimétricas y procesos de intermediación y especulación que son claves en las condiciones de vida de las comunidades locales.

La isla se presenta como un campo problemático de investigación debido a su complejidad y multidimensionalidad. Su caracterización requiere de un abordaje interdisciplinario que considere sus dimensiones geográficas, ecológicas, históricas, culturales y socioeconómicas, así como las relaciones y tensiones entre ellas. Además, la heterogeneidad de las expresiones sobre *la isla* implica la necesidad de construir diálogos y acuerdos conceptuales que permitan una comprensión más amplia y contextualizada de las realidades locales.

En una primera instancia tomaba estas referencias a *la isla* pensandola solamente como un contexto en el cuál se desenvolvían un conjunto de prácticas sociales de diferente tipo. Es decir, *la isla* meramente como un espacio que hacía de soporte de ciertas prácticas locales.

En el transcurso del proceso de investigación fue necesario comenzar a darle a este término el lugar de categoría social (Rockwell, 1987) para intentar acceder al amplio abanico de realidades a la que se hacían referencia cuando se lo utilizaba. Pensar este término como categoría social implicaba atender sus potencialidades conceptuales más que la multipli-

cidad de significados a la que pudiera evocar. Es decir, no se trataba de buscar diferentes sentidos o significaciones en torno a *la isla*, a partir de experiencias locales sino indagar en las funciones operativas que hacían de la *isla* un concepto que no se podía restringir solamente a una delimitación subjetiva.

La *isla* como concepto aparecía como resultado de múltiples operaciones de singularización derivadas de relaciones concretas y parciales que las personas realizaban en diferentes momentos y lugares. Pensando de esta manera es que la *isla* estaba compuesta por ensambles de prácticas que se tornaban difícil comprimir o aplanar bajo una forma de definición particular. Con esto no estoy sugiriendo que la *isla* sea una idea del orden de lo subjetivo o que pueda pensarse como un concepto abstracto. Por el contrario, su densidad pragmática se basaba en conjuntos de técnicas y relaciones parciales y localizadas a las que refería. Es decir, permitía nombrar diferentes relaciones a la vez (prácticas de caza y pesca, vínculos con diversos animales, tareas relacionadas con la actividad ganadera), y al mismo tiempo podía también significar algo concreto en determinados momentos para diferentes personas (sitios de pesca, un *puesto* o *ranchada*, estado general del *campo* en relación a la ganadería). Estas relaciones diferentes podían agruparse como parte de algo en común que propuse pensar como un *modo de habitar*, propio del *vivir de la isla* como se afirmaba localmente en reiteradas oportunidades.

Estos movimientos derivados de cuestiones que aparecían a partir del proceso de trabajo de campo etnográfico, produjeron transformaciones en las preguntas que orientaban la investigación. Trayendo nuevamente a Rockwell,

no se trata, entonces, de asumir como propias y analíticas todas las categorías sociales locales para ver la realidad tal como la ven los habitantes. Tampoco conviene desechar todas esas categorías como preconcepciones carentes de significado teórico. Al descubrir y usar categorías de conocimiento local, es importante retomarlas en el análisis en la medida que expliquen mejor la dinámica observada y se puedan integrar al trabajo conceptual y a la elaboración del texto etnográfico. (Rockwell, 2009, p. 67)

Detenerse en la profundidad de experiencias que me habilitaba pensar la noción de *isla* como era producida localmente, fue sin dudas tornándose

uno de los objetivos principales del proceso analítico, fundamentalmente del proceso de construcción del “objeto” de investigación. Considero que no han sido suficientes los alcances parciales del trabajo final de licenciatura para trabajar en profundidad esta cuestión de pensar la *isla* como concepto, sino que ha sido más bien una posibilidad de narrar analíticamente experiencias etnográficas que intentaban traicionar lo menos posible aquellas realidades locales a las que hacían referencia.

A modo de cierre: Conceptualización y re conceptualización, una práctica necesaria

Para finalizar, quisiera reflexionar brevemente en torno al proceso de conceptualización característico de los objetivos de un trabajo de investigación etnográfica.

Es una cuestión ampliamente aceptada el hecho de que el conocimiento antropológico trabaja en pos del cuestionamiento de aquello que se da por hecho, (desnaturalización del sentido común) introduciendo modos de pensar y ser en el mundo que evidencian el alcance parcial de los conceptos con los que pensamos generalmente la realidad. De hecho, se podría decir que este ha sido el principal objetivo crítico que ha tenido la disciplina en sus diferentes corrientes.

Esta *crítica* que la etnografía admite como potencial epistemológico, ha sido abordada desde diferentes enfoques teóricos. Desde los argumentos que explican el porqué de ciertas motivaciones prácticas en determinados contextos; hasta aquellas interpretaciones que realizan un ejercicio de traducción de significados y fundamentos de las prácticas sociales de determinados grupos; el problema en torno a la generación de conceptos novedosos para el pensamiento y análisis teórico ha sido históricamente una cuestión transversal.

Rockwell considera la conceptualización como fundamental en el trabajo antropológico, criticando explícitamente aquellos ensayos sobre investigación etnográfica que parecieran suponer que el proceso de conceptualización es prescindible. Una relación fundamental en este sentido es la que se da entre descripción y conceptualización en el trabajo etnográfico. La autora plantea que “mi reflexión parte del hecho de que se observa y se describe, necesariamente, a partir de determinada concepción del objeto

(...) pues no puede haber una descripción directa de los hechos que no sea mediada por un esquema mental” (2009, p. 92). En este sentido, propone explicitar y aceptar aquello que en el trabajo etnográfico se percibió como perturbación, advirtiendo aquello que no cabe en el esquema lógico que se tenía en las etapas iniciales del proceso de investigación. Este trabajo de vigilancia conceptual permite la elaboración de las descripciones que serán luego las fuentes necesarias a partir de las cuales trabaja la antropología. A su vez, insiste en que se requiere la especificación del contexto etnográfico ya que la validez del conocimiento que se construye se postula solo para un contexto dado.

Estoy de acuerdo con estas afirmaciones en el proceso de construcción etnográfica, fundamentalmente con la cuestión de que quien hace etnografía no lo hace sin mediación de algún esquema mental que condiciona de cierta manera aquello que merece la pena ser observado. Sin embargo, considero que es posible pensar en la radicalización del trabajo de conceptualización recuperando la cuestión que mencionábamos anteriormente con Holbraad acerca del mantener abierta la pregunta de lo que las cosas efectivamente pueden *ser*.

Encuentro interesante este camino propuesto que el autor denomina como el proceso de re conceptualización ontológica. Entre sus argumentos es fundamental el hecho de tomar seriamente la tarea de proveer las conceptualizaciones que sean necesarias para dar sentido a las descripciones etnográficas (que es fundamentalmente el material con el que trabaja la antropología). Si bien, como decía Rockwell, las descripciones etnográficas aplican para contextos particulares, en reiteradas ocasiones estos contextos han sido fuente de argumentos que culminan en un relativismo de índole cultural.

Incluso, si los cambios necesarios siempre han sido una característica de las interpretaciones antropológicas, por lo general se han agotado en ideas del tipo “para los x, el tiempo es circular, y el pasado regresa para siempre al presente (...) solo nos tomaría un momento darnos cuenta de que, tan equívoca que suene, la idea de que el pasado regresa al presente de manera continua es profundamente confusa: ¿qué cosa exactamente es lo “pasado” del pasado si regresa siempre al presente? (Holbraad, 2014, p. 136)

Es en este sentido, un buen trabajo etnográfico sin dudas nos da herramientas muy efectivas para “exotizar lo familiar” (Da Matta, 1999), pero

además nos permite la posibilidad de explorar en la creación conceptual más allá de la crítica. Este trabajo conceptual no solamente refiere a ser rigurosos/as con el manejo y utilización de ciertas categorías teóricas y su articulación en diferentes repertorios etnográficos, sino más bien, implica adentrarse en la posibilidad –o, mejor dicho, la experimentación– de crear conceptos que puedan valerse por sí mismos, fundamentados en aquello a lo que hemos podido acceder mediante nuestra inserción etnográfica en aquello que Quirós menciona como *procesos vivos*.

Estas contingencias etnográficas tienen la potencialidad de ser las fuentes a partir de las cuales transformemos perpetuamente los conceptos utilizados en los procesos de construcción de conocimiento antropológico.

Referencias bibliográficas

- Archetti, E. P. (1977). El proceso de capitalización de campesinos argentinos. *ahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, 123-140.
- Archetti, E. P., & Stölen, K. A. (1975). *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Bartra, A. (2006). *El capital en su laberinto: de la renta de la tierra a la renta de la vida*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de la Ciudad.
- Bourdieu, P., & Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Da Matta, R. (1999). El oficio del etnólogo o cómo tener “Anthropological Blues”. En *Constructores de Otredad* (p. 172-178). Buenos Aires: Antropofagia.
- De Grammonr, H. C., & Valle, L. M. (2009). *La pluriactividad en el campo latinoamericano*. Quito: Flacso.

- Giarraca, N., Grass, C., & Aparicio, S. (2001). Multiocupación y pluriactividad en el agro argentino el caso de los cañeros tucumanos. *Desarrollo económico*, 305-320.
- Godelier, M. (1976). *Antropología y economía*. Barcelona: Anagrama.
- Goldman, M. (2016). Cosmopolíticas, etno-ontologías y otras epistemologías. *Cuadernos de Antropología Social*, 27-35.
- Grass, C. (2004). Pluriactividad en el campo argentino: el caso de los productores del sur santafecino. *Cuadernos de desarrollo rural*, 92-114.
- Holbraad, M. (2014). Tres provocaciones ontológicas. *Ankulegi*, 127-139.
- Neiman, G., Bardomás, S., Jiménez, D., & Blanco, M. (2002). *Al campo siempre lo ayudo con otra cosa. La pluriactividad entre los productores familiares de la provincia de Buenos Aires*. Ceil-Piette: Buenos Aires.
- Meillasoux, C. (1977). *Mujeres, graneros y capitales*. México: Siglo XXI.
- Quiros, J. (2014). Etnografiar mundos vívidos. Desafíos del trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología. *Publicar*.
- Rockwell, E. (1987). Reflexiones sobre el proceso etnográfico (1982-1985). En E. Rockwell, & J. Ezpeleta, *Para observar la escuela, caminos y nociones*. México: Departamento de Investigaciones Educativas, Centro de Investigación y de Estudios Avanzados.
- Rockwell, E. (2005). Del campo al texto. Reflexiones sobre el trabajo etnográfico. *Conferencia en Sesión Plenaria. Primer Congreso de Etnología y Educación*. Universidad de Castilla- La Mancha: Talavera la Reina.
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.

Tommasi, J. C. (2018). *Pescador, cazador y puestero. Trabajo y reproducción social en el Delta entrerriano*. Córdoba: Repositorio digital FFYH-UNC.

Wolf, E. (1955). Types of Latin American peasantry: a preliminary discussion. *American anthropologist*, 3(53), 452-471.



Imagen 2. “Campear”. **Fuente:** Tommasi (2022)



Imagen 3. “El puestito”. **Fuente:** Tommasi (2022)